

evoluciones en que eran tan famosos simulando un combate, y maniobrando luego la caballería figurando un torneo. Retiráronse luego todos saludándose cortésmente, cual si fuera ya indicio de que habia ya terminado enteramente la efusion de sangre. Y en efecto, «fue cosa portentosa, dice Lafuente, que desde la llegada de la reina Isabel el campamento cesó de tal modo la pelea que ya ni se derramó mas sangre, ni se vertió una sola lágrima: «de tal manera, dice el cronista que pudo verlo (Pulgar), que los tiros de espingardas é ballestas é de todo género de artillería, que sola una hora no se cesaba de se tirar de la una parte á la otra, desde en adelante ni se vido, ni se oyó, ni se tomaron armas para salir á las peleas que todos los dias antepasados fasta aquel dia se acostumbraban tomar.» Habiendo manifestado Cid Hiaya deseos de una capitulación honrosa, se nombraron comisionados de una y otra parte, y habiéndose ofrecido en nombre de los reyes católicos que de rendirse la ciudad tendrían seguridad de vidas y haciendas sus defensores y vecinos, libertad de poder vivir como mudéjares, es decir, como súbditos de Castilla, conservando su religion, sus leyes y costumbres, y además grandes mercedes al principe y á sus gefes y oficiales, y que los mercenarios extranjeros podrian salir de la plaza con los honores de guerra, consultó Cid Hiaya estas proposiciones con sus consejeros, aprobadas por estos y puestas en conocimiento del Zagal, que se hallaba triste y enfermo en Guadix, se pactó la entrega de la ciudad. Transcurridos los seis dias de término, el 4 de diciembre, hicieron Fernando é Isabel su solemne entrada en Baza con las ceremonias de costumbre; plantose la cruz en la cúpula de la gran mezquita, purificó y bendijo esta el cardenal Mendoza, se dió libertad á quinientos cautivos cristianos que gemian en las mazmorras, y se adoptaron las demas disposiciones convenientes para el gobierno.

En esta conquista hubo otra muy notable; fue la conquista espiritual del gefe moro de Baza, Cid Hiaya. Habiale distinguido Isabel, y fue tal el influjo que sobre él adquirió y tan hábil la pintura que le hizo de las excelencias de la Religion cristiana, que al fin Cid Hiaya logró mas adelante abjurar los errores del mahometismo y hacerse cristiano, casándose despues

con dona Maria de Mendoza, dama favorita de Isabel é hija de su mayordomo.

Rendida Baza, los alcaides de las fortalezas inmediatas se apresuraron á prestar su homenaje de sumision á nuestros reyes, y siguióse luego la entrega de Guadix y Almería. Hallábase el Zagal en la primera de estas dos ciudades, achacoso y abatido, cuando se vió sorprendido por la visita de Cid Hiaya, el cual le manifestó tan vivamente la imposibilidad de triunfar de los reyes de Castilla, la generosidad de estos, y el convencimiento que tenia de ser llegada la hora de cumplirse los fatídicos pronósticos de los astrólogos y la necesidad de someterse, que el Zagal, despues de oírle en silencio y de unos momentos de meditacion, dió un profundo suspiro, y echándose en sus brazos exclamó: «Si asi es, cúmplase, primo mio, la voluntad de Allah! Que si Dios Todopoderoso no hubiera decretado la caída del reino de Granada, esta mano y este alfanje le hubieran mantenido.» Se acordó, pues, la entrega de Almería y Guadix en los mismos términos que la de Baza en el plazo de veinte dias. Fernando é Isabel ofrecieron conservar al Zagal el título de rey, dándole en señorío perpetuo el valle de Lecoriam, la taha de Andarax con todas sus aldeas y alquerías, dos mil mudéjares por vasallos, la cuarta parte de las salinas de la Malaba, y cuatro millones de maravedises al año. En medio del mas crudo temporal fueron nuestros reyes á tomar posesion de esas ciudades, saliéndoles á recibir el Zagal, que se hallaba en Almería, y siendo tratado por los reyes con la consideracion correspondiente. Tomada posesion de Almería por nuestras tropas, plantadas las banderas en los baluartes y purificada la gran mezquita, entró al dia siguiente (23 de diciembre) el rey, y aquel mismo dia llegó la reina acompañada de la infanta Isabel, el cardenal Mendoza, y el confesor Fr. Fernando de Talavera. Acudieron luego los alcaides de Almuñecar y otras fortalezas á prestar homenaje á nuestros monarcas, y los destacamentos cristianos se iban apoderando de los bosques y valles de las Alpujarras, ayudándoles el Zagal con ordenes y amonestaciones. Pasados algunos dias en Almería donde Fernando é Isabel con sus nobles, y el Zagal con los suyos, solian salir en la mayor union y amistad á expediciones campes-

tres, los reyes y el ejército emprendieron la marcha en direccion á Guadix, adelantándose el Zagal para hacer la entrega de la ciudad (30 de diciembre). Allí en Guadix el último dia del año pasaron revista los reyes al ejército, y de los ochenta mil hombres que habian sacado para la campaña, solo quedaban unos sesenta mil, bien que una cuarta parte de los que faltaban mas bien habian sucumbido al rigor de los trabajos, enfermedades y crudeza del temporal que al filo de la espada. Tomadas ya Baza, Almería y Guadix, y rendidose todos los demas castillos, plazas etc., que habian sido del dominio del Zagal, retirado ya este al pequeño señorío de Andarax y publicadas las capitulaciones, hasta entoncez secretas, hechas con él por nuestros reyes, retiráronse estos á Jaen y licenciaron sus huestes para que descansasen de las fatigas de aquella campaña, una de las mas útiles y gloriosas.

Al llegar aqui siéntese consolado el ánimo, porque ya está viendo el tan anhelado término de la dominacion musulmana en nuestra patria. Fernando é Isabel eran ya dueños de las importantes plazas que dejamos referido, dominaban ya en toda la parte occidental y oriental del reino de Granada, suyos eran ya los dominios de Abdallah el Zagal, súbdito suyo este y Cid Hiaya y los mas famosos caudillos musulmanes, no quedaba ya mas que una sombra de reino, lo que dominaba Boabdil el Chico, el cual desde la Alhambra podia ver los limites de su autoridad y se veia además rebajado en el concepto de los suyos y era tenido entre ellos por sospechoso. Aun hay mas; tomada Guadix por nuestros reyes, de hecho se habia él mismo desposeido de su trono, pues como recordarán nuestros lectores, cuando cayó preso en la toma de Loja por nuestras tropas, una de las condiciones de su rescate habia sido que luego que las armas cristianas se apoderasen de Guadix abdicaria su trono, entregaria Granada con todas sus pertenencias y castillos, y se retiraria á Guadix con título de duque ó marqués y señorío de algunos lugares de la comarca. Envió pues Fernando al conde de Tendilla á que intimase á Boabdil el cumplimiento de esta condicion; pero sea, como dijimos en el testo de esta Historia, el aliciente del trono, aunque

apenas conservaba ya una sombra de poder, sea que temiese morir á manos de los suyos, ello fué que con este último pretesto trató de eludir el cumplimiento de su oferta; pretesto que en verdad no era infundado, porque si bien Granada, ciudad entonces sumamente poblada y rica, encerraba en su seno propietarios, labradores y gente acomodada que deseaba la paz, encerraba tambien caudillos valientes, belicosas tribus, los abencerrajes y gazules, los almoravides y omniades, y una muchedumbre de emigrados aventureros y fanáticos que por no rendirse á Fernando se habian retirado allí y que apellidaban traidor y rebelde al que osaba hablar de transaccion con los cristianos.

Como era de esperar, no sorprendió á Fernando esta respuesta que le daba derecho á calificar á Boabdil de aliado pérfido y de hombre sin palabra, y procuró aprovecharse de ello escribiendo á Granada y haciendo allí públicas las capitulaciones que en Loja habia hecho Boabdil. Esto que supo el populacho se amotinó y el rey Chico estuvo á punto de perecer; mas aplacada la muchedumbre por algunos caballeros moros, vióse precisado el Chico á hacer alarde de valor y á declarar la guerra al rey Fernando.

Hallábanse á la sazón en Sevilla este é Isabel, celebrando las bodas de su hija mayor la infanta Isabel con el malogrado (1) principe Alfonso, heredero de la corona de Portugal (abril de 1490), cuando les llegó la noticia de la declaracion de Boabdil. Asi pues se aprestaron á la lucha, y reuniendo el rey cinco mil caballos y veinte mil peones, avanzó por Sierra Elvira y penetró en las llanuras de Granada, hasta cuyos muros casi llegó, talando las mieses que con tanto esmero habian cultivado los moros, y á vista de estos, que podian presenciarse desde las almenas, armó caballero á su hijo el principe don Juan, que á la sazón tenia doce años. Continuó la tala por espacio de treinta dias, acompañando al rey Fernando el Zagal y Cid Hiaya, apoderándose este último de una fortaleza nombrada la Torre de Roman sita en donde hoy se llama el Soto de Roma; para conseguirlo se presentó con su escuadron de

(1) Decimos «malogrado», porque á los pocos meses de este su matrimonio con la hija mayor de nuestros reyes, murió de una caída de caballo.

moros pidiendo asilo, y creyéndole amigo los de dentro le abrieron las puertas. Luego que entró con su gente, sacaron sus alfanjes é hicieron presos á los que la custodiaban; mas luego los puso en libertad el rey, como vencidos á mala ley. La reina, durante esta escursion, se habia quedado en Moclin, cuya plaza llamaban los de Granada el escudo de esta ciudad, asi como su ojo derecho á Illora, una y otra tomadas ya desde el principio por nuestras tropas, segun llevamos dicho. Los reyes se retiraron luego á Córdoba.

Aprovechándose de esto, y de haber tenido que ir tropas á sujetar á los mudéjares de Guadix, logró el Chico apoderarse de la fortaleza de Alhendin, desmantelar el castillo de Marchena, y hacer correrias talando mieses y recogiendo ganados en las tierras concedidas al Zagal. Pero el marqués de Villena acabó con los rebeldes de Guadix, pues yendo con tropas reforzó la guarnicion cristiana é hizo salir los moros al campo cual si fuera á pasar revista. Cuando estuvieron fuera, cerró las puertas, y les dió á escoger entre abandonar el pais ó sujetarse á una pesquisa judicial para averiguar quiénes habian sido los causantes del alboroto. Escogieron estos el primer partido, y así los cristianos quedaron libres de este cuidado, é iban luego poblando los lugares que los moros dejaban. Orgulloso emperó el Chico con sus pequeños triunfos, quiso ir á tomar á Almuñecar á fin de tener algun punto en la costa por donde ponerse en comunicacion con Africa; pero ya en camino torció su rumbo y se dirigió á Salobreña (agosto 1490), por saber que su guarnicion cristiana se encontraba sin municiones y sin vituallas. Púsola pues en gran aprieto; pero habiendo acudido Hernan Perez del Pulgar, el de las hazañas, y hecho una de las que acostumbra introduciéndose en el castillo, y acudiendo por otro lado tropas al mando de los condes de Tendilla y de Cifuentes, y otras al mando de Fernando, no creyó prudente Boabdil esperarlas y se retiró, teniendo á gran fortuna no haber caído en manos del rey Fernando, que se hallaba en Lecrin, para cortarle la retirada. Fernando hizo luego una correria talando los panizos de la vega de Granada, pasó luego por las comarcas de Guadix y de Almería y como aquellos habitantes se mostraban animados del mismo espíritu que los rebeldes

de Guadix, de que acabamos de hablar, los hizo salir de las plazas fuertes y les dió á escoger entre vivir en aldeas abiertas y alquerias, ó retirarse á Africa; adoptando este último partido la mayor parte, pudo ya Fernando retirarse á Córdoba á hacer nuevos aprestos para una mas seria campaña.

No se descuidaban entretanto los capitanes de las fronteras; antes bien mostraban con sus proezas su valor y el rostro sereno con que arrostraban los peligros, distinguiéndose siempre Hernan Perez del Pulgar, el cual desde la Alhama donde ordinariamente residia, marchó un dia con quince de los suyos, y guiados por un granadino convertido y llevando un haz de leña llegó á los muros de Granada, y á favor de la noche saltó por unas acequias, atravesó las calles de la ciudad, llegó á la puerta de la gran mezquita, clavó en ella con su puñal un pergamino en que se leia el lema cristiano *Ave Maria*, y se dirigió luego al vecino barrio de la Alcaicería con ánimo de encender y aplicar el haz de leña; pero como se divisó una ronda de moros, Pulgar y los suyos desenvainaron sus espadas y arremetiendo y dispersando la ronda, metieron espuela á los caballos, y dirigidos por el moro convertido ganaron el puente y se alejaron de la ciudad, por cuya hazaña premió el rey á los quince y dispuso se concediese además á Pulgar asiento de honor en el coro de la catedral.

Llegó al fin la primavera de 1491 y Fernando se hallaba ya en disposicion de emprender la campaña de Granada al frente de un ejército de cincuenta mil hombres, de ellos la quinta parte de á caballo; ejército que se componia de los contingentes de las ciudades de Andalucía y de la gente que de otras provincias habian enviado ó llevado los grandes y nobles del reino. El 26 de abril acampaba ya este ejército en la vega de Granada á dos leguas de esta ciudad, habiéndose quedado la reina con el principe y las infantas en Alcalá la Real para atender como siempre á la subsistencia y necesidades de los guerreros. A vista de esto reunió Boabdil su consejo para resolver lo que habia de hacerse, y acordés sus alcaides y alfaques decretaron y organizaron la defensa. La ciudad, que, segun Lucio Marimeo, tenia acasi tres leguas en circuito, todo ceñido y cercado de todas partes con edificios y for-

talecida con mil y treinta torres para defension, contaba una poblacion de doscientas mil almas entre naturales y emigrados, y además de las huestes de veteranos habia en ella veinte mil mancebos en edad y disposicion de tomar las armas; sus almacenes estaban bien provistos, y el Darro y el Genil la proveian de aguas, y la protegian las escabrosas montañas de Sierra Nevada. Déjase conocer que pretender tomarla por fuerza era una empresa muy difícil. Por eso Fernando determinó hacer primero una correria por el valle de Lecrin y por la Alpujarra, á fin de devastar sus frutos de que se surtía la ciudad. Despues de esta escursion, en que se recojieron ganados y cautivos, se talaron campos y se arruinaron poblaciones, volvió la expedicion, no sin haber tenido que sostener empeñadas refriegas con los montañeses y con la hueste del terrible Zahir Aben Atar, á la vega de Granada á sentar sus reales para ya no levantarlos mas.

Plantáronse en efecto las tiendas de los caudillos y las barracas de los soldados en orden simétrico, formando calles como una poblacion, y cercado el campamento con fosos y cavas. La reina Isabel, atenta no solo al cuidado del gobierno, sino además á los de la guerra, vino tambien al campamento para como siempre animar mas y mas á las tropas, inspeccionándolo todo, cuidando de las provisiones y administracion militar, y aun á las veces pasando revista á las tropas á caballo y armada de acero alentando á los soldados. Queriendo un dia ver de mas cerca las fortificaciones y baluartes de Granada y el aspecto exterior de la ciudad, fué acompañada con las debidas precauciones hasta la Zubia; pero aun que encargó no se empenase aquel dia combate alguno, pues no le parecia bien que su curiosidad costara sangre, como los enemigos no quisieron sufrir tan de cerca la presencia de los cristianos, se arrojaron fuera de la ciudad con algunas piezas de artillería, cuyos certeros disparos hicieron algun daño en nuestras filas; no pudieron ya nuestros capitanes y soldados contener su ardor, y arremetiendo á los moros arrollaron de tal modo á la infanteria saracena que envolviendo ella misma y desordenando en su fuga á los ginetes, quedaron mas de dos mil moros entre muertos, heridos y cautivos, entrando los demas apresuradamente en la ciu-

dad. Hubo despues algunas otras refriegas con vario éxito, y en una estuvo Boabdil á punto de caer en poder de nuestras tropas, debiendo su salvacion á la velocidad de su caballo.

En la noche del 14 de julio hubo grande é inesperada alarma en el campamento cristiano. Habia prendido el fuego en el rico pabellon de la reina, y con la mas espantosa rapidéz se hizo general comunicándose de unas tiendas en otras. Isabel, que envuelta entre humo y llamas habia podido salvar su persona y sus papeles, corrió al pabellon del rey y le despertó. Sobresaltado empuñó su lanza y su adarga, y á medio vestir montó á caballo y salió al campo. Hizose general la confusion y la alarma; los capitanes y soldados corrian á las armas y las señoras corrian despavoridas sin saber á dónde. Créase que el fuego habia sido prendido por el enemigo, al paso que los moros al ver desde la ciudad estaba iluminada la vega por las llamas se imaginaban era un ardid de los cristianos. En tanto ibase apagando el fuego y pudo averiguarse que lo que ocasionó este y la consiguiente alarma fué la cosa mas sencilla. Al acostarse la reina mandó á una de sus dueñas retirase una bugia cuya luz la molestaba, la doncella tuvo la imprevision de dejarla junto á una colgadura, y sin duda ondulando esta por el viento á eso de media noche, tropezó en la luz y empezó á arder estendiéndose luego el fuego á las demas. Afortunadamente de este desastre, no hubo que deplorar desgracias personales, bien que se destruyeron algunos efectos de valor. Repuestos ya todos del susto se hizo que este mal que habia ocurrido tornase en bien, pues para evitar se reprodujese y por si el sitio se alargaba hasta el invierno, dispusieron los reyes que las tiendas fuesen reemplazadas por cascas. Puesto inmediatamente en ejecución este plan, comenzaron todos á trabajar, de modo que en vez del choque y estruendo de las armas guerreras solo se oia el ruido de la pica, del martillo y de otros instrumentos de las artes pacíficas. El resultado fué que en el corto tiempo de ochenta dias xióse levantada como por encanto una ciudad cuadrangular de 400 pasos de larga por 312 de ancha, atravesada por dos espaciosas calles que cortadas por el centro formaban una cruz, con cuatro puertas á los estre-

mós. Quería el ejército que á esta nueva ciudad se la pusiese por nombre *Isabela* por honrar á su reina Isabel; pero esta lo rehusó modestamente y quiso se llamara *Santa Fé* en testimonio de la sagrada causa que todos defendían. «Idea grande y sublime, dice Lafuente, la de fundar una ciudad, única de España en que no había podido penetrar la falsa doctrina de Mahoma, frente á otra ciudad, la única en que tremolaba todavía el estandarte mahometano.»

«La fundación de Santa Fé, continúa el señor Lafuente, produjo mas abatimiento en los moros que si hubieran perdido muchas batallas. La presencia de un enemigo que tan á sus ojos y tan confiadamente se asentaba en su suelo, exaltaba á la plebe granadina que empezaba á insubordinarse otra vez contra Boabdil y sus consejeros, y aunque en la ciudad se habían acopiado viveres en abundancia, la aglomeración de gentes era tal que todo se consumía, y ya iba amagando el hambre. En tal situación reunió y consultó el rey Chico su gran consejo ó mexuar; el Wazir Abul Cacim Abdelmelik hizo una pintura desconsoladora del estado de la ciudad y de sus recursos, y todos convinieron en que era imposible sostener la plaza por mucho tiempo. En su virtud, y muy secretamente para no irritar al pueblo, el mismo Abul Cacim fué nombrado para que pasase con poderes del emir á hacer proposiciones de avenencia á los reyes cristianos. Recibieron estos al wazir muy benévolamente, y oída su embajada otorgaron una tregua de setenta dias (desde el 5 de octubre) para arreglar las condiciones de la capitulación, y autorizaron al secretario Hernando de Zafra y al capitán Gonzalo de Córdoba para que sobre ello conferenciaran con los caballeros de Boabdil, el cual nombró por su parte al mismo Abul Cacim, al cadí de los cadíes y al alcaide Aben Comixa. Las conferencias se celebraban de noche y con mucho sigilo y cautela, unas veces dentro de la ciudad, otras en la aldea de Churriana. Al cabo de muchos debates y discusiones, quedaron al fin acordados los capítulos de la entrega bajo las bases siguientes:— En el término de sesenta y cinco dias, á contar desde el 25 de noviembre, el rey Abdallah (Boabdil el Chico), sus alcaides, cadíes, alfaquies etc. harían entrega á los reyes de Castilla

y Aragon de todas las puertas, fortalezas y torres de la ciudad;— Los reyes cristianos asegurarían á los moros de Granada sus vidas y haciendas, respetarían y conservarían sus mezquitas, y les dejarían el libre uso de su religion y de sus ritos y ceremonias; los moros continuarían siendo juzgados por sus propias leyes y jueces ó cadíes, aunque con sujeción al gobernador general cristiano; no se alterarían sus usos y costumbres, hablarían su lengua y seguirían vistiendo su traje;— No se les impondrían tributos por tres años, y despues no escederían de los establecidos por la ley musulmana;— Las escuelas públicas de los musulmanes, su instruccion y sus rentas proseguirían encomendadas á los doctores y alfaquies, con independencia de las autoridades cristianas;— Habría entrega ó cange reciproco de cautivos moros y cristianos;— Ningun caballero, amigo, deudo, ni criado del Zagal obtendría cargo de gobierno;— Los judíos de Granada y de la Alpujarra gozarían de los beneficios de la capitulación;— Para seguridad de la entrega se darían en rehenes quinientas personas de familias nobles;— Ocupada la fortaleza de la Alhambra por las tropas castellanas, serían devueltos los rehenes. Añadíanse otras condiciones sobre litigios, sobre abastos, sobre el surtido y uso de aguas limpias de las acequias y otros puntos semejantes.— Además de las estipulaciones públicas, se ajustaron hasta diez y seis capítulos secretos, por los cuales se aseguraba á Boabdil, á su esposa, madre, hermanos é inmediatos deudos la posesion de todos los heredamientos, tierras, huertas y molinos que constituían el patrimonio de la Real familia, con facultad de enagenarlo por sí ó por procurador; se le cedía en señorío y por juro de heredad cierto territorio en la Alpujarra, con todos los derechos de una docena de pueblos que se señalaron, excepto la fortaleza de Adra que se reservaron los reyes, y se pactó además darle el dia de la entrega treinta mil castellanos de oro.»

Aprobadas y ratificadas en 25 de noviembre de 1491 estas capitulaciones, que pueden verse literales en el Apéndice al tomo IX de la *Historia* del señor Lafuente, quien dice haberlas copiado del original que existe en el archivo de Simancas, llegó el pueblo á traslucir algo, hasta de los artículos secretos, á pe-

sar del sigilo y reserva con que se había procedido, y á proporcion que fué haciéndose público iba creciendo la fermentación y disgusto popular, ya prevenido de antemano contra Boabdil á quien se suponía en relaciones con los cristianos. El resultado fué que estalló abiertamente un tumulto, fomentado especialmente por un moro fanático, ermitaño ó santón, que empezó á arengar al pueblo, y corriendo como un frenético las calles llamaba en alta voz «traidores y cobardes» á Boabdil y á sus consejeros. Este fogoso santón llegó á reunir en torno suyo hasta veinte mil hombres armados, y tan imponente era la actitud de la furiosa plebe que Boabdil tuvo que encerrarse en la Alhambra y parapetarse en ella. Pero «la muchedumbre y canalla, dice aquí Mariana, tiene las acometidas primeras muy bravas; mas luego se sosiega, mayormente que estaba sin cabeza y sin fuerzas, y sus intentos por ende desvariados.» Así fué que mas apaciguado al parecer el tumulto, pasó Boabdil al Albaicin, desde donde arengó á los amotinados haciéndoles ver lo insensato de sus proyectos y lo vana que sería toda resistencia; que si él conociera medio de resistir no habría capitulado; pero que no habiéndole, era preferible entre dos males elegir el menor, que es lo que se había hecho. Con esta arenga logró se sosiegasen los ánimos; que «muchas veces, añade Mariana, así los remedios de semejantes alteraciones, como las causas, son fáciles.»

Sin embargo, como el hambre contribuía en gran manera á mantener viva la agitación, temeroso Boabdil de que se renovaran los alborotos y peligrase él y toda su familia y aun sus amigos y los ciudadanos mas honrados, especialmente al ver que no había surtido todo el efecto que se esperaba una proclama del rey Fernando á los granadinos exhortándolos á rendirse sopena de sufrir luego la misma suerte que los de Málaga, escribió Boabdil á Fernando, siendo portador de la carta Aben-Comixa, el cual llevaba además al rey un regalo que consistía en dos hermosos caballos y una preciosa cimitarra. En la carta manifestaba á los reyes que en el estado en que la ciudad se encontraba urgía sobremanera acelerar su entrega y no esperar al plazo convenido. Llegó esta carta á nuestros reyes el 4.º de

enero de 1492 y déjase conocer de cuán buena voluntad aceptarían la proposición que se les hacía. Prévias pues algunas conferencias y contestaciones acerca del ceremonial que habría de observarse en la entrega para en lo posible no mortificar al rey vencido ni herir el orgullo de la sultana madre, que no había perdido su natural altivez, quedó aquella concertada para el 2 de enero, en vez del 6, en que cumplía el plazo antes convenido.

«Al dorar los rayos del sol del 2 de enero de 1492 las cumbres de Sierra Nevada y los fertilísimos campos de la vega, veíase, dice Lafuente, á los capitanes, caballeros, escuderos, pages y soldados del ejército cristiano, vestidos de rigurosa gala, con arreglo á una orden la noche anterior recibida, agruparse á las banderas para formar las batallas. A pena de muerte estaba condenado el que aquel dia faltara á las filas. Los mismos reyes y personas Reales vistieron de gran ceremonia, dejando el traje de luto que llevaban por la inesperada muerte del príncipe don Alfonso de Portugal, malogrado esposo de la infanta de Castilla doña Isabel. Todo era movimiento y animación en el campamento de los españoles, y una alegría inefable se veía pintada en el rostro de todos los combatientes. En esto retumbaron por el ámbito de la vega tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra. Era la señal convenida para que el ejército vencedor partiera de los reales de Santa Fé para tomar posesion de la insigne ciudad musulmica. Diéronse al aire las banderas y comenzó la marcha. Iba delante el gran cardenal de España don Pedro Gonzalez de Mendoza, asistido del comendador mayor de Leon, don Gutierre de Cárdenas, y de otros prelados, caballeros é hidalgos, con tres mil infantes y alguna caballería. Atravesó la hueste el Genil, y con arreglo al ceremonial acordado subía la Cuesta de los Molinos á la esplanada de Abahul, al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, se presentó á pie al gran sacerdote cristiano: apeóse al verle el cardenal y le salió al encuentro; saludáronse muy respetuosamente, apartáronse un corto trecho, y despues de conversar un breve espacio, «Id, señor, le dijo el príncipe musulman en alta voz y con